

January 2009

Aportes del lasallismo al desarrollo de la educación superior en la modernidad latinoamericana

Oscar Armando Ibarra Russi

Universidad Pedagógica Nacional, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ibarra Russi, O. A. (2009). Aportes del lasallismo al desarrollo de la educación superior en la modernidad latinoamericana. *Revista de la Universidad de La Salle*, (49), 143-156.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

APORTES DEL LASALLISMO

AL DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN LA MODERNIDAD LATINOAMERICANA¹

Oscar Armando Ibarra Russi*

La educación superior se gesta en el ámbito del desarrollo de un pensamiento igualmente superior, que se transfiere de manera sistemática de la reflexión sobre la dimensión universal del ser al pensamiento geocéntrico y luego al antropocéntrico, erigiéndose como razón del hombre en la construcción de civilización, que da cuenta de diferentes maneras de pensar y de diferentes objetos del pensamiento.

El concepto de educación superior supone un enfoque de calificación, desde la comprensión que lo superior corresponde a un proceso escalar, que coloca al conocimiento y a la formación como una transformación desde lo inferior, de alguna manera hoy prevista en las modalidades y niveles del servicio educativo formal.

Entraña así la metáfora de escala piramidal, que si bien concibe al conocimiento y a la formación como estructurados en campos sociales inferiores y superiores, no por ello las entiende y excluye como dinámicas de mayor o menor

complejidad en la relación entre inteligencia, realidad y construcción de saber.

Toda educación por naturaleza tiende a lo superior; sin embargo, es adecuado que se denomine educación superior sólo a aquella que permite en su estructura organizativa y práctica ocuparse del saber, del uso social del conocimiento y de la identificación de los límites y la complejidad en los esquemas paradigmáticos entre las disciplinas, las teorías y los conceptos, permitiendo desde allí la construcción pública de dominios de teoría aplicables a la transformación de la misma realidad.

¹ Conferencia pronunciada el 17 de Junio de 2009 en el marco de la segunda cohorte del Curso Institucional de Formación (CIF-2009) para los profesores de Carrera Académica de la Universidad de La Salle: "Desarrollo humano integral y sustentable y Lasallismo en perspectiva de Educación Superior".

* Rector de la Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.



La educación es superior sin que pretenda que esa sea la finalidad a la que conscientemente aspire toda práctica educativa, y sin disminuir el valor que tiene cualquier práctica con cualquier experiencia subjetiva y objetiva de ser superior, en cuanto convoca al hombre a mejores realizaciones de humanidad.

Por ser superior, la educación se ocupa de elementos considerados de alta complejidad en la cultura, presentados de manera pública mediante las ciencias, la tecnología, la ética, la estética y la filosofía, las cuales se fundamentan en un pensamiento abierto sobre lo real, en términos de lo económico, político, cultural y social y de la naturaleza.

LA EDUCACIÓN SUPERIOR COMO UNIVERSIDAD

La educación superior como práctica social y política se expresa en el ámbito institucional de la universidad a partir de la Edad Media, transformándose luego por las dinámicas propias de

la modernidad en un espacio de formación universalmente reconocido, en el cual la filosofía, la ciencia, la ética y la estética encuadran unas dinámicas del conocimiento que se encarnan en comunidades de saber compuestas por sujetos capaces de dar cuenta de su alta complejidad y de la veracidad de los discursos que fundamentan dicha formación.

La universidad, como institución al servicio de lo superior, ha recuperado la historicidad de los saberes, de la producción del conocimiento y sus métodos, de los esquemas paradigmáticos en los que se construye ciencia y tecnología, de las dimensiones y posibilidades de los instrumentos de verificación, de las construcciones lógicas, lingüísticas y metacognitivas mediante las cuales el mundo moderno pudo avanzar en la transformación de las sociedades, en perspectiva de calidad de vida y del desarrollo globalizado.

Si bien el criterio generalmente aceptado acerca del origen medieval de la institución universitaria es el que predomina, eso no significa

desconocer los antecedentes valiosos de una serie de entidades educativas que florecieron en el mundo antiguo tanto en occidente como en oriente.

Los griegos no consideraron la educación como responsabilidad del Estado, sino como asunto meramente privado. Las escuelas atenienses eran de carácter particular; la más antigua conocida es la escuela de Pitágoras, considerado el primer matemático para la cultura occidental, pues se dedicó a la investigación de las matemáticas puras, desligadas de sus aplicaciones prácticas. "En Pitágoras, las matemáticas se convierten en principios explicativos de la armonía musical, del movimiento de los astros y de toda la realidad" (Tunnerman, 1997, p. 4). Hoy se sabe con seguridad que el pensamiento pitagórico influyó en el pensamiento de las ideas número de Platón, a las cuales éste dedicó tiempo en la búsqueda de la esencia de la comprensión de lo real. Bajo el lema "el hombre es la medida de todas las cosas" el sofista Protágoras sostenía que la naturaleza humana, junto con el conocimiento y la experiencia, hacen la educación (p. 5).

El trívium y el cuadrívium señalaron en la propuesta educativa sofista las relaciones entre conocimiento y formación clásica de los individuos, y así fue como la gramática, la retórica y la dialéctica constituyeron métodos para expresar y reconstruir las asignaturas científicas de aritmética, geometría, astronomía y música, que habrían de perdurar por varios siglos en la educación superior del mundo, como fundamentos de la enseñanza clásica.

Para Sócrates, las aulas fueron las plazas públicas, por descalificar la apropiación privada

del saber y denunciar, en su polémica con los sofistas, el conocimiento vendido como mercancía. Pero, en cambio, Platón fundó su escuela que duró nueve siglos en los jardines de Academia, la que fue conocida como la academia de Platón. Aristóteles, tras haber sido veinte años discípulo de Platón, creó el Liceo, o Gimnasio de Atenas, que se llamó Liceo, por estar cerca del templo de Apolo Liceo.

Así pues, los griegos y los romanos, aunque pareciera extraño, no tuvieron universidades en el sentido en que se entiende hace ocho o nueve siglos. Mucha de su instrucción en leyes, retórica y filosofía sería difícil de superar, pero no estuvo organizada en instituciones permanentes de enseñanza. Ni Sócrates, ni Platón, ni Aristóteles, como grandes maestros, otorgaron diplomas o certificados, pero en la construcción de lo público se sabía quienes eran sus discípulos. En estas experiencias de educación superior, lo sustantivo es la sistematización del conocimiento y su investigación con la ayuda de la observación y de la lógica.

Fueron los romanos, con su extraordinaria capacidad organizativa, quienes otorgaron carácter público a la antigua enseñanza privada y libre de los griegos. Las escuelas jurídicas del imperio romano fueron de carácter público estatal, algunas de ellas estuvieron cercanas a bibliotecas famosas como la octaviana y la palatina en Roma.

Por otra parte, las experiencias educativas precursoras de la universidad se articulan con las experiencias árabes, hasta el punto que hay quienes sostienen que las primeras universidades fueron de origen árabe, en las cuales se practicaban exámenes y se conferían diplomas

profesionales, aunque no la autorización para enseñar. Los árabes introdujeron en occidente los números hindúes con el sistema decimal y la noción de cero, la cual revolucionó las matemáticas. Desarrollaron el álgebra y permitieron la construcción de las primeras tablas astronómicas y trigonométricas, pero su más alta capacidad la desarrollaron en la medicina, campo en el que la ciencia árabe puso a funcionar sus mejores resultados.

La universidad, tal como hoy la conocemos, surgió en la época medieval, a mediados del siglo XII, en un contexto socio-económico y cultural que le imprimió sus rasgos fundamentales. Corresponde, como institución, a la estructura de la pequeña ciudad europea medieval, entendida como empresa cultural y espiritual, y es inseparable del renacimiento de los siglos XI y XII, en un momento en el cual se da el aumento de la población que desembocó en una creciente urbanización.

El incremento cuantitativo de cierta magnitud de personas en las ciudades da origen a diversos procesos de mayor complejidad social, como el intercambio de costumbres, de bienes y de ideas, la especialización de la actividad laboral y la aparición de los gremios e igualmente el surgimiento de mayores demandas educativas, del corporativismo y de un extraordinario afán de saber, sólo parangonable con el que posteriormente prevaleció con el Renacimiento y la Ilustración.

Estos hechos provocaron migraciones estudiantiles cuando grupos de jóvenes se trasladaban de una ciudad a otra para escuchar las lecciones de los maestros más celebres, pero tal vez lo más importante es la aparición de un nuevo

oficio: el oficio de enseñar, nacido al lado de otros oficios, en el seno de las ciudades, como respuesta a las nuevas demandas. El maestro, dedicado al oficio de enseñar, era un artesano más, en aquel mundo medieval de hombres artesanos y comerciantes. El gremio de maestros y los discípulos dedicados a la vida intelectual inquietaron a los poderes laicos y a la iglesia, comenzando las luchas por la autonomía, por el derecho de enseñar y aprender libremente, que sigue formando parte de las tensiones propias de la universidad actual.

La universidad medieval, si bien fue una institución unitaria, se organizó sobre la base de facultades de artes liberales, medicina, derecho y teología. Lo que hoy es el bachillerato o secundaria preuniversitaria, o educación media correspondía a lo que enseñaba la facultad de artes liberales. Los alumnos ingresaban después de los estudios hechos en las llamadas escuelas de gramática, equivalentes a la enseñanza primaria.

El conocido medievalista Jacques le Goff ha estudiado el proceso de conversión del intelectual del siglo XII en el universitario de la Baja Edad Media, desde la distinción social y sobre todo cultural que ambas categorías entrañaron. Al respecto, este autor describe la transición del significado de maestro como el que enseña (el artesano) al maestro como el que es digno de gloria y reconocimiento, dada entre los siglos XIII y XV en Europa occidental. Este hecho es significativo, en la medida en que, como el mismo autor señala, la ciencia terminó por convertirse "en posesión y tesoro; en instrumento de poder, y ya no un fin desinteresado" (1999, p. 121). El título de doctor tendría los mismos derechos y prerrogativas que los del caballero.

De esta forma, en el seno mismo de la Baja Edad Media, se comenzó a fraguar la división entre teoría y práctica, producto de la aristocratización de las universidades y de los intelectuales y de su afán de distinción y homologación con los estamentos sociales superiores.

La creación de los Estados nacionales y la reforma protestante rompieron la unidad conceptual de la universidad medieval. Las universidades se nacionalizaron y perdieron su antiguo carácter ecuménico, ligado a la idea de la cristiandad. El tránsito de lo medioeval a lo moderno hace que la investigación y la ciencia experimental se refugien en las academias científicas, que muestran todo su impulso en la Revolución Industrial del siglo XVIII.

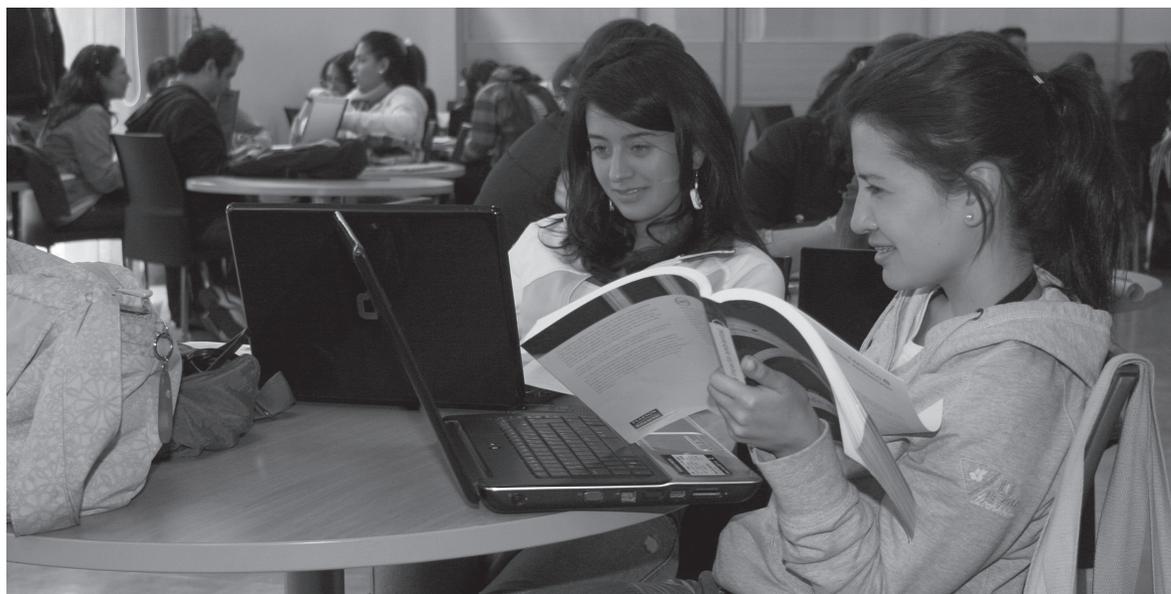
Posteriormente, sólo Napoleón, en el siglo XIX, organizó la universidad como un monopolio del Estado, con una intención puramente utilitaria y profesionalizante, según los ideales educativos y politécnicos que profesaba. Lo que resulta de allí es un organismo al servicio estatal que la fi-

nancia y organiza, y que fija no sólo sus planes de estudio, su administración y el nombramiento de profesores, sino hasta el concepto de moral pública que ha de inculcar a sus discípulos. Este modelo fue imitado en América Latina, a raíz de la Independencia.

La investigación dejó de ser un cometido de la Universidad, y se reservó exclusivamente a las academias. En la década del sesenta del siglo XX, este modelo hizo crisis, y se recupera para la Universidad su concepción unitaria, disciplinaria e investigativa.

APORTES DEL LASALLISMO AL DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

El Instituto de La Salle nació con la edad moderna. Creció y se fortaleció en la búsqueda de una armonía entre la razón y la fe, dedicado a los hijos de los artesanos y de los pobres. En la práctica, el Instituto asume la responsabilidad de educar una nueva clase social que sur-



ge con el devenir de la modernidad, la “clase media”.

La teoría y la praxis escolar tuvo que transformarse, y con todos los matices que se pueden hacer hoy sobre la interpretación que en la época tenían los términos artesanos y pobres, es absolutamente claro que el Instituto nunca entendió en estos términos a los hijos de los burgueses y de los ricos. La Revolución Francesa puso fin a un tipo de escuela dedicada a los artesanos y pobres y recuperó la experiencia educativa del Instituto para sus fines.

La promoción humano-cristiana, llevada a cabo en la promoción sistemática e inteligente en la escuela de los Hermanos en el Siglo de las Luces, se manifestó en aquella toma de la Bastilla en 1789, en cuya lista de cabecillas asaltantes se han detectado varios nombres de antiguos alumnos de los Hermanos de La Salle (Ojeda, 2002, p. 39).

La restauración del Instituto en Francia, en la época de Napoleón, introdujo otro elemento importante en la vida de la Congregación, en la medida en que los Hermanos comenzaron a ser funcionarios de estado. Este régimen los llevó a ubicarse en los pensionados y en las instituciones de educación secundaria, de la cual no se ocuparon en el siglo anterior.

La modalidad institucional adoptada fue la de colegio, la cual fue cundiendo en todas partes; desde 1880 los Hermanos pasan a muchos países de América Latina, el modelo de colegio se fue extendiendo. Las escuelas gratuitas que constituyeron su participación primigenia en el siglo XVIII acompañan un modelo mixto durante el siglo XIX.

EL SURGIMIENTO DE LOS COLEGIOS

En la historia de la universidad, se conoce que desde sus orígenes medievales contó con cuatro facultades: artes liberales, medicina, derecho y teología. La facultad de artes liberales era realmente una propedéutica y proporcionaba la cultura general indispensable para toda especialización. Correspondían sus estudios a lo que es hoy el bachillerato o secundaria pre-universitaria. Para llegar a la universidad, era menester pasar por estudios hechos en las llamadas escuelas de gramática, equivalentes a la enseñanza primaria de hoy, pero en todo caso debían demostrar que sabían leer, escribir y tener rudimentos del latín.

El ingreso a la Universidad tenía lugar entre los trece y catorce años de edad. Se sabe igualmente que los jóvenes estudiantes sintieron muy pronto la necesidad de agruparse, y como provenían de diversas regiones, los de un mismo origen alquilaban un local común y formaban una comunidad, en la que a menudo cenaban juntos con sus maestros. Personas caritativas tuvieron la idea de fundar establecimientos para albergar gratuitamente a los estudiantes pobres. Éste parece ser el origen de los colegios, en los cuales se admitía a determinado número de becarios. Al principio, estos colegios fueron muy modestos y eran anexos de un hospital o de una casa religiosa, pero poco a poco se convirtieron en grandes fundaciones y transfirieron los dominios generales de la facultad de artes a la experiencia formativa que ofrecían a los estudiantes, y se convirtieron en internados.

En el siglo XV se produjo el cambio sustantivo. Los alumnos encontraron en el colegio, además

de alimentación y alojamiento, toda la enseñanza que necesitaban. En este mismo siglo, la universidad hizo obligatorio el internado, por razones morales y pedagógicas, dándose la fusión oficial entre internados y artes. La universidad inglesa asume los colegios como parte integral de la educación superior, y este hecho se generaliza.

Los Hermanos del Instituto de La Salle, incorporados por Napoleón a la dinámica educativa del imperio, articularon los colegios como experiencia preuniversitaria preparatoria de los estudiantes para la universidad, que en la dinámica napoleónica sufrió una transformación radical, al ser transformada en entidad de estado, como se ha dicho anteriormente. Este hecho permite inferir que los Hermanos de La Salle dieron un paso, en el siglo XIX, tan complejo y difícil respecto de la universidad como centro de educación superior, ya que la asumieron en su seno educativo y como parte sustantiva de sus modelos de formación. Si bien no tuvieron universidades, sí desarrollaron, por medio de los colegios, una comprensión directa de la enseñanza de la ciencia, la técnica, la ética y la estética y prepararon jóvenes para la formación universitaria en el ámbito de un pensamiento colegial.

APORTES DEL LASALLISMO AL DESARROLLO DE LA UNIVERSIDAD

Vale la pena señalar que los Hermanos traían una tradición pedagógica reconocida y sustentada en los finales de la Alta Edad Media al servicio de la enseñanza, por medio de, por una parte, las escuelas llamadas de gramática —que ellos transformaron a partir de su responsabilidad con la escuela gratuita— y, por otra,



la necesidad de perfeccionar el saber enseñar como elemento sustantivo, que los llevó a formular el método de enseñanza simultánea, la enseñanza en lengua materna (en lugar del latín) y formas pedagógicas prácticas que preparaban para la vida. Estos elementos son de alguna manera un contenido que se transforma mediante la práctica de los Hermanos como maestros y se condensa en una recuperación sistemática de mejores teorías y prácticas educativas, que conformaron la base conceptual de la transformación del oficio de maestro en profesión de maestro (Guía de las Escuelas).

El Instituto de los Hermanos de La Salle no sólo desarrolló un saber ubicado en un campo disciplinar, como la pedagogía, sino que concomitantemente creó las escuelas normales como estructura institucional para la formación de los maestros, diversificó los enfoques del servicio en rural y urbano y sentó las bases en la especiali-

zación de la profesión de maestro en torno a la interculturalidad.

Al ser vinculados a las dinámicas estatales, con la responsabilidad sobre los colegios, los Hermanos integraron las escuelas de primeras letras con las dinámicas de las estructuras de colegio, de manera que ordenaron de forma sistemática, en torno a un enfoque pedagógico claro, un esquema formativo para atender a la niñez y a la juventud, con procesos de enseñanza que tenían en cuenta las particularidades de las edades de desarrollo humano.

Surge en el contexto de la educación lasallista el concepto de progresión, que permite la presentación de contenidos de una manera progresiva, de lo simple a lo complejo, en torno a la estructura etárea de las poblaciones estudiantiles y al concepto de texto escolar. La circulación del saber mediante el texto adquiere forma en las dinámicas propias de la educación simultánea y, a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, las editoriales de La Salle mostraban

en el ámbito de la modernidad un esquema consolidado de circulación impresa.

La vinculación a los colegios, en la educación francesa, promovió la preparación en materia educativa para el trabajo y llevó en forma sistemática a la transformación de los colegios en los llamados institutos técnicos, por cuanto el interés del estado francés respecto a la educación superior se centró en el desarrollo científico y tecnológico de la universidad, dándole prioridad a esta última, lo cual obligó a afinar las preparaciones preuniversitarias en la dirección de la formación de la alta tecnología.

La preparación para el trabajo que venía buscando de manera sistemática una coordinación directa con la universidad, pero que realmente estaba siendo desarrollada por los gremios de la producción, abandonó el esquema organizativo de los gremios y se abrió a una dinámica nueva, en la medida en que los colegios ya no formaron como los gremios en el taller, sino que transformaron el taller en uno de los



componentes de la formación para el trabajo, complementando la educación de una manera integral, mediante el aporte de las ciencias lógicas y las ciencias naturales a las dinámicas técnicas, haciendo posible una activación del uso del conocimiento al servicio de la productividad, que cobró su mayor significación en la universidad moderna. En algunos de los países de América Latina, los primeros títulos de ingeniería los entregan los Hermanos de La Salle en los Institutos Técnicos; en el caso colombiano, mediante el Instituto Técnico Central.

LA UNIVERSIDAD EN AMÉRICA

Cuando aún no había terminado la conquista, se fundaron las primeras universidades en América. Fueron la necesidad de proveer localmente de instrucción a los novicios de las ordenes religiosas que acompañaron la conquista española, y la necesidad de brindar formación a la burocracia colonial, causas del surgimiento temprano de la universidad, ya mediante cédulas reales, o bien mediante bulas pontificias, o por ambos dispositivos, que dieron vía a su creación. La primera universidad se fundó en Santo Domingo, en 1538, y la última, en León, Nicaragua, en 1812. Entre ambas fechas se crearon treinta y dos universidades en Latinoamérica. Salamanca y Alcalá de Henares fueron sus modelos. La Universidad de San Carlos de Guatemala, la Universidad de México, la Universidad Mayor de San Marcos en Perú, la Universidad del Rosario y los Colegios de San Bartolomé y Mayor del Rosario, en Santa Fe, constituyen la base del sistema universitario colonial.

Durante un buen tiempo, la Universidad tuvo como referencia los desarrollos de la educación superior en Europa y mantuvo un desarrollo lento

con muy pocas irrupciones de nuevas comprensiones de lo que fueron las primeras universidades respecto a organizaciones institucionales y métodos de enseñanza. En el caso de América Latina, debe observarse que la vivencia de la modernidad fue tardía, de forma que la modernización de los sistemas educativos ocurrió de manera acelerada en el siglo XX.

Dos hitos marcan estructuras nuevas en el ámbito universitario de América Latina: la irrupción de la universidad napoleónica a finales del siglo XIX, época en la cual se crean la Universidad de Chile (por don Andrés Bello), la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Central de Venezuela y despega de manera sistemática la formación profesional en el ámbito de las universidades bajo la tutela de los estados republicanos.

La imitación y el calco de la universidad francesa fue el camino escogido por la República para nacionalizar y modernizar las antiguas universidades coloniales, consideradas como vestigios medievales. Los ideales educativos politécnicos y el énfasis profesionalista, así como la desarticulación de la universidad en escuelas profesionales y el extrañamiento de la investigación fueron los elementos de modernización.

Otro hito es el llamado movimiento de Córdoba, Argentina, que a comienzos del siglo XX replanteó los esquemas, métodos y formas de gobierno de la universidad en América en torno a un grupo de jóvenes que reclaman una nueva comprensión del fenómeno universitario. La perspectiva de Córdoba reclama por una universidad integrada en sus disciplinas y profesiones y cogobernada por los estamentos que la constituyen. Las transformaciones propuestas

por la perspectiva de Córdoba, progresivamente, empiezan a debatirse y a materializarse por medio de las presiones de las distintas comunidades académicas del continente.

El fenómeno universitario hace crisis en la década del sesenta del siglo XX, época en la cual una presión por la globalización, los nacionalismos exasperados, la configuración de regiones y la recomposición de los mercados mundiales impelen a Occidente a un replanteamiento sobre su comprensión cultural y exigen de la universidad una nueva definición. Crisis como las de la Unión Soviética y Yugoslavia muestran el ímpetu del fenómeno que se materializa de forma contundente con la desaparición del comunismo y la integración de nuevos estados nacionales en Europa. El mundo anglosajón, por su parte, había logrado importantes desarrollos desde la perspectiva científica y técnica, con una universidad integrada a la investigación y articulada al sector productivo.

EL LASALLISMO EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR LATINOAMERICANA

Si bien es cierto que elementos como los colegios, los institutos técnicos, los institutos industriales y los institutos agrológicos constituyeron la base de un desarrollo lasallista en la educación latinoamericana, y que las escuelas normales abarcaron esquemas de formación a partir de 1904 en diversos países, el Instituto de La Salle despegó con ímpetu la iniciativa de su presencia en la educación superior, por encontrar en América el terreno abonado de la comprensión francesa de la formación profesional, pero no abandonó el modelo de escuelas gratuitas y las dinámicas de formación para los niños hijos de

trabajadores y, en particular, para los hijos de las capas medias latinoamericanas.

La tendencia a asumir al modelo de universidades no se pone en funcionamiento en América Latina sino a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando se crean las universidades lasallistas de México, Colombia, Chile, Centroamérica y Brasil y se da un paso mucho más definido respecto a asumir la educación superior como un espacio propio del Instituto, mas allá de la responsabilidad sobre las escuelas cristianas entendidas in stricto sensu. Esta tendencia se percibe históricamente desde un discernimiento entre la pertinencia de esta dinámica de la educación para el instituto de las escuelas cristianas, y la necesidad de un replanteamiento sobre la legitimidad de la acción de los Hermanos en este campo particular.

Para algunos historiadores de la congregación, este momento representa un quiebre en la comprensión total del instituto, en la medida en que abandona el esquema de su dedicación exclusiva hacia las escuelas gratuitas y se define hacia su contribución en el ámbito de la educación superior, entendiendo la educación como un espacio total que requiere ser evangelizado y, por ello, la misión del Instituto es competente para abarcar las prácticas y el sentido de la evangelización en todos los ámbitos de la educación.

Esta nueva posición del Instituto abre las puertas a una serie de desarrollos en la educación superior de una nueva cultura lasallista universitaria que aparece en el ámbito de las comunidades académicas del continente con unos rasgos provenientes de una amplia experiencia educativa que penetra la naturaleza de la educación superior para transformarla.



Algunos de los elementos que caracterizan esos aportes son:

- Educación centrada en la integralidad humana.
- Educación para la humanización y la transformación humano-cristiana de la sociedad.
- Educación mediante una docencia de alta calidad académica, ética y moral.
- La defensa del medio ambiente.
- La promoción de la investigación en el desarrollo de la universidad.
- La garantía de la universalidad y movilidad de los saberes y de la docencia.
- La pertinencia de las disciplinas y de las profesiones.
- La opción por métodos activos y progresivos en el proceso de enseñanza simultánea.
- Las estructuras de redes de saber y de personas.
- La responsabilidad social del servicio de la educación superior.
- La defensa de la autonomía universitaria.
- La dinámica de la revisión y evaluación permanente de modelos de desarrollo de la institución.
- La responsabilidad profesional y de docencia fundada en los principios evangélicos activos.

El comienzo del siglo XX sirvió de punto de partida a este nuevo desarrollo de la presencia educativa del lasallismo en Latinoamérica. Lo que se observa mediante los hechos históricos de la educación es cómo la misión lasallista abarca de manera progresiva el mundo de la educación superior hasta posicionarse en el ámbito propiamente dicho de la universidad.

De manera simultánea, es de anotar que diferentes documentos de la humanidad se refieren a un desarrollo de la educación superior en el mundo, de manera que, al finalizar el siglo XX, una red de noventa y seis universidades lasallistas conforman una presencia activa del Instituto en las prácticas y en los desarrollos institucionales de la educación superior.

Desde esa experiencia, La Salle inicia la nueva definición de su práctica educativa y se enfoca hacia una conceptualización del sentido de su presencia en la universidad, que lleva necesariamente a una reflexión sobre el papel de la universidad actual desde el punto de vista la-sallista.

Se estudia, entonces las funciones de la universidad y su coherencia y pertinencia con los desarrollos económicos y sociales con los países del continente, y resulta así la revisión de las funciones tradicionales de la universidad en Latinoamérica, en la perspectiva de un nuevo enfoque que haga sentido a las responsabilidades educativas y académicas que el instituto asume.

Se enuncian, entonces, como nuevas funciones de la universidad las siguientes:

FUNCIÓN POLÍTICA DE LA UNIVERSIDAD

La tensión entre academicismo y responsabilidad ética ha desvirtuado el carácter político de la universidad, en cuanto institución constructora de nación y componente de redes de comunidades de saber. La función política presupone de parte de la universidad conciencia de estar ejerciéndola, propósitos deliberadamente establecidos a favor del bien común y desprovistos de la unidimensionalidad propia de una ideología, o de un partido político. Entendimiento compartido sobre la forma de canalizar esfuerzos e influencias directas e indirectas a favor de los propósitos comunes. La función política también implica, como función transversal, comprometer a todos los académicos a compenetrar su docencia con el fomento de prácticas democráticas, que contribuyan al logro de los objetivos de su trabajo académico y al aprendizaje de

los principios y valores de la participación ciudadana activa y responsable.

De igual manera, la función política comprende la formación para el respeto a los derechos humanos, la paz y la convivencia plural y democrática, regida por la justicia, la solidaridad, la tolerancia, la equidad y la libertad, formación para la participación activa y responsable en las decisiones que afectan la vida nacional, el estudio crítico de la cultura nacional y regional, la comprensión de la diversidad cultural y la búsqueda y consolidación de los valores que configuran la identidad nacional. Finalmente, la función política promueve la solidaridad en la consecución del destino histórico latinoamericano, que contribuye a la integración y a la colaboración regional.

FUNCIÓN ACADÉMICA

La función fundamental de la universidad latinoamericana es el cultivo, desarrollo y aplicación del saber. Con mayor razón, cuando la creatividad y el uso del conocimiento son fuentes de valor agregado en el desarrollo económico y social, la investigación de la universidad es una clave para establecer la responsabilidad de enriquecer la comprensión que todo individuo debe tener sobre las transformaciones y tendencias de sus colectividades.

La universidad debe desplazarse desde el conocimiento como producto disciplinario hacia la atención a problemas y necesidades reales de los países, para crear una actitud analítica, reflexiva y crítica, que valore el conocimiento como patrimonio de la humanidad y su poder para desenvolverse con propiedad en un mundo de relaciones regido por la ciencia.

FUNCIÓN ECONÓMICA

En la civilización tecnológica, las sociedades del conocimiento y las economías terciarias digitales imponen a la universidad la responsabilidad para disponer los recursos de la investigación, para que sean recursos del más alto nivel que fortalezcan la participación colectiva en experiencias, el intercambio de información y el desarrollo de proyectos. Que responda a un mejor desarrollo económico de los países.

La rápida obsolescencia de los conocimientos que sirven de apoyo a los desarrollos de las carreras profesionales obliga a mantener abiertas las propuestas formativas en una perspectiva, más que de formar para la profesión, para la profesionalización continua. Pero la mayor responsabilidad está en la formación para el liderazgo.

FUNCIÓN CULTURAL

La universidad debe trabajar por los intereses sectoriales, las pluralidades étnicas y macroculturales y microculturales, para hacer puente de unión y fortalecer la transferencia de espacios de soberanía hacia las comunidades locales que reclaman poder y autonomía.

FUNCIÓN SISTÉMICA

La universidad latinoamericana debe seguir rompiendo con el aislamiento que ha padecido respecto del sistema educativo en su conjunto, estableciendo nexos con los otros niveles y modalidades, especialmente los de la educación básica y media, pero también con las de formación postsecundaria o de educación para el trabajo.

CONCLUSIONES

Podríamos afirmar que el Instituto de La Salle no ha sido ajeno al desarrollo educativo de la modernidad y a las crisis de la educación que conducen a la consolidación de un sistema educativo integrado entre la educación primaria, secundaria y terciaria.

La participación de los jóvenes de una manera creciente en la formación en la educación superior es consecuencia de una formación previa que fundamenta los elementos humanos, científicos y éticos necesarios para el desarrollo de la educación superior, los cuales fueron trabajados, reflexionados y mejorados de manera permanente por la acción educativa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Los aportes de creación de los métodos simultáneos de educación, formación de maestros, enseñanza en lenguas propias y educación centrada en la persona y en la vida abrieron camino a la modernización de las universidades.

Desde la perspectiva de ciclos propedéuticos, la educación técnica y tecnológica es el espacio inicial de la educación lasallista en la educación superior.

La transformación de las escuelas y colegios al servicio de la iniciativa académica es un aporte importante del Instituto de La Salle a las nuevas repúblicas latinoamericanas.

La llegada a la universidad del Instituto de La Salle significa la creación de una nueva cultura en el ámbito universitario en el campo del pensamiento de educación integral con responsabilidad social que el Instituto ha promovido desde su creación.

Existen en la historia del Instituto innovaciones pedagógicas en el uso de la ciencia y la tecnología como elementos de desarrollo social que devienen desde su tradición original. Las Tecnologías de la Información y la Comunicación no han sido ajenas al desarrollo y circulación del conocimiento tanto en el orden de los medios de comunicación (escuelas radiofónicas) como de las editoriales.

Se podría afirmar que la educación lasallista abarca la educación en todas sus posibilidades y hace posible la producción de saber riguroso, la formación de sujetos por medio de la ciencia y la tecnología, la movilidad académica como factor de crecimiento, la integración de los valores humano-cristianos como componente de la integralidad de la formación y da un perfil a unas nuevas funciones de la universidad.

REFERENCIAS

- Ibarra, O. (2002). La educación superior lasallista y la renovada opción por los pobres en América Latina y el Caribe. En *Reflexiones sobre educación superior*. Memorias del Encuentro de Hermanos Visitadores con Instituciones de Educación Superior.
- Le Goff, J. (1999). *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Gedisa.
- Ojeda, L. (2002). La educación superior lasallista y la renovada opción por los pobres en América Latina y el Caribe. En *Reflexiones sobre educación superior*. Memorias del Encuentro de Hermanos Visitadores con Instituciones de Educación Superior.
- Rodríguez Echeverría, A. (2006). La educación universitaria dentro de la Misión Lasallista. *Revista Universidad de La Salle*, 42. ¿páginas?
- Tunermann, C. (1997). *Aproximación histórica a la universidad y su problemática actual*. Bogotá: Universidad de los Andes.